

completamente contraria á la política de paz de Wolsey, esperando, aun despues de su derrota en la lucha electoral, que estallaria una guerra que ofreciera la posibilidad de realizar sus proyectos de engrandecimiento de la casa de Médicis y de los Estados de la Iglesia. En cierta ocasion expuso al embajador de Venecia la idea de atacar al emperador Carlos, simultáneamente, en Flandes, Navarra y Austria, y ponerle en tal aprieto que no supiese adónde acudir. Leon, sin embargo, no queria, como dijo en otra ocasion, colgar el cascabel al gato y procuró quedarse hasta el último momento en libertad de decidirse, negociando á la vez con ambas partes. España pudo gloriarse de haberse prestado mas voluntariosamente á los deseos económicos del Papa, pues le dió 18,000 ducados por el consentimiento de compartir las rentas del arzobispado de Toledo, y 15,000 por otorgar la dispensa á la hermana de Carlos para casarse con el rey de Portugal. El Papa pidió 22,000 ducados por conceder á Carlos en feudo el reino de Nápoles, y segun se dice, ofreció Carlos solo 10,000 ducados. Mucho inquietó á Leon la reserva del cardenal-ministro de Inglaterra, que le inspiraba á la vez odio y temor, y cuya altanería hubo de experimentar tambien. Wolsey dijo una vez al embajador del emperador que el Padre Santo se someteria fácilmente á la voluntad de su amo, porque, como un ciego ó corto de vista, necesitaba un conductor. De este papel se encargó en Roma Juan Manuel, el embajador de Carlos; pero no era cosa fácil lograr nada de un príncipe tan irresoluto y tan completamente falto de criterio como el papa Leon X. De la marcha laberíntica de la política papal del año 1520 se desprende, al parecer, que Leon durante algun tiempo trabajó para impulsar al emperador á atacar á la Francia, y despues irritado de las tendencias políticas de Chievres, volvió á colocar sus esperanzas en el rey Francisco I. Caracteriza tambien la política de este Papa su conducta vacilante respecto del obispo de Zamora, profanador de la Iglesia, y cuya elevacion á la silla de Toledo propuso en Roma la Francia descaradamente, sin encontrar una negativa al principio. Ciertamente autoriza esta conducta incomprensible desde el punto de vista de la Iglesia contra el *Lutero* español, la lentitud del procedimiento contra el reformador alemán; y si bien nos faltan todavía hoy ciertos datos para la explicacion de la historia de la bula de excomunion del mes de julio de 1520, bien podemos suponer como factores decisivos algunos motivos políticos. El gran asunto en que se habia empeñado el Papa desde que la muerte se habia llevado á su hermano Julian y á su sobrino Lorenzo, se cifraba en la adquisicion de Ferrara para el Estado de la Iglesia. Un golpe de mano emprendido hácia fines del año 1519 contra el citado ducado fracasó, y en abril de 1521, Juan Manuel escribió desde Roma á su soberano que el Papa se pondria inmediatamente del lado de la Francia si ésta le auxiliaba contra Ferrara, cuyo duque, Alfonso, como Lutero y Hutten, se creía amenazado por el veneno de la curia. Ésta no retrocedia ante la alevosía mas inicua, y así lo experimentó Baglione, el tirano de Perugia, al cual pasó lo mismo que al cardenal Petrucci, esto es, que fiándose de un salvo-conducto del Papa se presentó en Roma, donde fué sometido á la tortura y despues decapitado. No era, pues, extraño que en vista de semejantes prácticas políticas hasta los soberanos y hombres de Estado, buenos católicos, no tuvieran aquella confianza implícita que el Papa reclamaba.

Hay siempre que tener presente la profunda desconfianza que existia entre el emperador y el Papa, para poderse explicar la manera cómo fué tratada la ardiente cuestion alemana en el parlamento de Worms. Raras veces se ha demostrado, como en aquel caso, hasta qué punto los poderes puramente

espirituales dependian de la situacion del mundo y de las grandes modificaciones de las potencias políticas; y raras veces se ha probado tan solemnemente como en este caso la libertad soberana de una individualidad superior á toda dependencia material.

Antes de continuar, debemos volver á aquel momento en que el emperador experimentó por primera vez y directamente las dificultades que le ofrecian sus dominios alemanes.

El imperio regido en ausencia del rey por sus dos vicarios, los príncipes electores del Palatinado y de Sajonia, habia estado en paz desde el vencimiento del duque de Wurtemberg, declarado fuera de la ley, y habia podido aguardar tranquilamente, y sin sufrir perjuicio grave, la llegada tardía de su nuevo jefe. Sin embargo, los electores de Maguncia y de Sajonia en febrero de 1520 procuraron apresurar la llegada de Carlos quejándose de que su prolongada tardanza habia hecho vacilar aquí y allá el derecho, la ley y los usos, y previendo el peligro de un incendio que abrasara la Alemania. En la corte de España entretanto se habia encontrado ocasion de presentar á los representantes de Europa al joven emperador y á las personas que le rodeaban bajo su aspecto mas favorable. Entre los embajadores del Papa, de los reyes de Francia, Inglaterra, Portugal, Dinamarca y Polonia, de la república de Venecia, de diferentes príncipes de Italia y los enviados de los Países-Bajos, que en el invierno de 1519 acudieron á su corte en Molins de Rey, llegaron tambien enviados de los príncipes electores, de los duques de Baviera, de los países austriacos y de la ciudad de Nuremberg. Allí se alabó oficial y confidencialmente el vigor físico del joven rey, para acabar con los rumores muy generalizados acerca de su constitucion enfermiza; y el gran canciller Gattinara manifestó que si bien por consejos de los médicos el rey se levantaba muy tarde, no dormia todo el tiempo que estaba en cama, sino que despachaba los asuntos de gobierno. Nadie calificaba de hermosa su fisonomía, ni siquiera su admirador entusiasta Scheurl de Nuremberg; pero todo el mundo pudo convencerse de su gallardía en general cuando montaba á caballo ó daba pruebas de su destreza en el juego de pelota. Sus consejeros no encontraron palabras bastantes para alabar sus dotes políticas y su aire grave de hombre de edad. Tambien recibió su parte de alabanzas Chievres, sobre todo cuando le pudieron oír los enviados alemanes, y observaron sobre todo que estaba muy lejos de tener aficiones francesas, si bien los príncipes y toda la corte y en especial los muchos borgoñones que en ella figuraban hablaban el francés ó como ellos decian el walon. Entre aquella corte los pocos alemanes del Mediodía no significaron nada ni tuvieron influencia ninguna, y así lo observó sin podersele disimular aquel nurembergués Scheurl, al cual, no obstante, pareció el Consejo real poco menos que una reunion de seres celestiales. Contra lo que en Alemania se supuso acerca de la sangre alemana del joven emperador, el margrave Juan de Brandeburgo recomendó á los embajadores austriacos que se guardasen muy bien de hablar en alemán, porque S. M. imperial y todos sus excelentes consejeros no entendian una palabra de esta lengua. Tampoco quedó oculto que si el emperador no era ni hablaba alemán, en cambio era rigurosamente católico; y Carlos, cuando rezaba en la iglesia, lo hacia con tal devocion y besaba tan frecuentemente las imágenes de santos, que segun el ya citado nurembergués si el emperador no se transformaba precisamente en ángel parecia transformarse en un hombre humildemente religioso del pueblo. En Inglaterra, Carlos no quiso tomar parte en el baile de la corte, y á su entrada en Amberes pasó



á caballo bajo los arcos triunfales sin dirigir la menor mirada á las jóvenes medio desnudas que servían de decoración á los arcos. Mas que la exuberante voluptuosidad del espíritu del Renacimiento, gustaban al joven soberano, de inteligencia precoz y de una gravedad inquebrantable, las ceremonias vetustas de la coronación como rey de Romanos, que se celebraron el 23 de octubre en Aquisgran. A pesar de que ciertos príncipes electores, espantados por las voces de que en la citada ciudad reinaba la peste, habían querido trasladar la solemnidad á Colonia, Carlos insistió en recibir la corona en el mismo sitio venerando en que la habían recibido todos los reyes de Romanos á excepción de Ruperto; y no puede dudarse que Carlos prestó con gran sinceridad el juramento de su coronación, en el cual se reconoció obligado al mantenimiento de la fe católica y á la sumisión al Papa y á la iglesia romana. Los arzobispos de Colonia y Tréveris le ungieron y coronaron y al día siguiente fué publicado un breve



Moneda de plata (doble taler) del cardenal arzobispo de Salzburgo, Mateo Lang de Wellenburgo, acuñada en 1521

Anverso: En el centro el busto del cardenal, y á ambos lados la cifra: M. D. X. X. I. La inscripción circular dice: MATHEVS . CARD. ARCHIEPVS . SALZBURG AC . EPVS (Episcopus) . GVRGEN (sis); los escudos del cardenal, de Salzburgo y de Carintia dividen la inscripción en tres partes. - Reverso: En el centro la imagen de Santa Radiana atacada por dos lobos y delante de ella un cubo de agua volcado, una borla y un peine. La inscripción circular dice: ORA . PRO . NOBIS . DEVM . SANCTA . VIRGO . RADIANA. - Tamaño del original, que se conserva en el Museo Numismático de Berlín.

tanto distinguía á este soberano, no está rehido con lo fantástico é inasequible del objeto que pudiera proponerse. Las palabras con que Carlos anunció en España su partida y el nombramiento de un regente, acaso parecieron á los españoles despreciativas, pero no lo eran en opinión de Carlos, para el cual la España continuó siendo siempre el baluarte y la ciudadela de todos los imperios, porque allí, con sus tendencias completamente absolutistas, tenía mas facilidad de gobernar que en Alemania, donde existía un múltiple y robusto particularismo. El primer ministro, Chievres, continuó dirigiendo la política de Carlos sin apartarse de su antigua tendencia á consolidar por medios pacíficos el poder de su joven amo. A medida que Chievres fué envejeciendo adquirió gran influencia á veces contra el mismo Chievres, el gran canciller, Mercurino Arboreo de Gattinara, piemontés, que ya había estado al servicio de Maximiliano y que á su criterio penetrante y casi inquebrantable de notable juriconsulto, unía un trato particular amabilísimo.

Sin embargo, los múltiples y variados asuntos de los muchos dominios del rey imponían cierta división del trabajo, y por esta razón Carlos ya en julio de 1519 había instituido un gobierno superior para sus dominios hereditarios austriacos, cuyo gobierno estaba también encargado de velar por los intereses del soberano en el imperio alemán. Al llegar á Alemania nombró un consejo especial para la nación, en el cual el cardenal Mateo Lang, desde 1519 arzobispo de Salzburgo, pero llamado generalmente obispo de Gurk, su título anterior, trató de conservar su antigua influencia del tiempo de Maximiliano. Este hombre pretencioso, precedente de la cla-

papal que permitía al rey llevar como Maximiliano el título de emperador romano electo. Carlos, por su parte, comprendió la dignidad de emperador romano en el sentido tradicional, es decir, de protector de la cristiandad y de la Iglesia; en lo cual su ideal era en sustancia lo mismo que el de los grandes emperadores alemanes, con la diferencia de que Carlos no era alemán ni atendía por esto al sentimiento nacional de Alemania. Los hombres á quienes profesaba afecto particular no eran alemanes, sino borgoñones, ni tenían sentimientos nacionales, sino dinásticos; así es que jamás perdió enfrente de la Francia las opiniones de príncipe borgoñón. Pronto se acostumbró al modo de pensar y hablar inseparable de la idea de la monarquía universal y de soberano por la voluntad de Dios, razón bastante para destruir la creencia de que en la cabeza de Carlos, tan práctica y prosaica, no había sitio para ideas fantásticas. Por lo demás, el cálculo frío sobre los medios de conseguir un objeto, cálculo que

se media y admitido en su tiempo con repugnancia por los capitulares nobles de Augsburgo, su patria, de buena gana habría gobernado á toda la alta aristocracia de Alemania como un Wolsey alemán, á juzgar por la soberbia bien calculada con que en ciertas ocasiones se presentaba, seguido de una comitiva de ochenta cortesanos, verdadero representante del clero mundano de entonces. Sin embargo, durante la elección de 1519 y en la época siguiente el que desempeñó el papel mas importante fué un caballero flamenco muy práctico en los asuntos alemanes y suizos, á saber, el ya mencionado Maximiliano de Zevenberghen, al cual se debió principalmente que la cuestión de Wurtemberg fuese resuelta entonces en el sentido exclusivamente habsburgués, cuyas tradiciones supo defender con grandísima energía contra todos los escrúpulos políticos y económicos de la corte imperial; siempre con el fin de allanar á la casa de Habsburgo el camino para la monarquía alemana, conforme se expresa en una instrucción en la cual se dice: «A fin de que los príncipes y demás estamentos del sacro imperio sean obedientes á V. M. y hagan lo que V. M. quiera, conforme lo puede hacer en sus Estados todo soberano de Austria, y que pueda ser siempre que quiera rey de Romanos ó emperador, teniendo que hacerle la corte y servirle los demás príncipes.» Decía el mismo prelado, además, que sin la dignidad imperial bastaría la posesión de Wurtemberg para dar poder á la casa de Austria y para hacerla imperar sobre los demás Estados; pero que la transformación del imperio en una monarquía austriaca debía empezar por el quebrantamiento del poder de los suizos, á los cuales podrían fácilmente unirse en par-

ticular las ciudades de la Alemania meridional á causa de las enemistades de los príncipes. Este prelado político llegó hasta plantear la alternativa de que la Alemania hubiera de ser ó imperial habsburguesa ó republicana como la Suiza, á fin de constituir de todo el país un Estado unido que suprimiera todos los demás poderes reinantes.

Este diplomático, cuyas amplias miras alcanzaban mas lejos que las exigencias del momento y las personales y mezquinas, vió, pues, en los suizos y en los príncipes los adversarios de una transformación monárquica del imperio; pero aunque prescindamos de los escrúpulos religiosos que en aquel tiempo tenía la Alemania, habría sido un problema difícilísimo, aun para el emperador mas poderoso y de mas talento, el de sustituir su soberanía única á la ya muy desarrollada soberanía de los príncipes y dominar al mismo tiempo la revolución que amenazaba. Por lo pronto, lo mas urgente para Carlos era arreglarse con los estamentos alemanes en el estado que los halló. Tocante á los suizos, ya Chievres había expresado hacia tiempo su opinión de que todo el se-

creto consistía en ganarlos á la causa imperial á toda costa, porque era inminente la guerra con Francia, había que tener contento al Papa, dominar y entretener al gobierno de Inglaterra, sofocar la revolución en España, tener á raya en los territorios austriacos á los nobles ingobernables, y, finalmente, decidir la cuestión relativa al fraile agustino de Wittenberg. No era, pues, prudente reñir con los príncipes mas poderosos del imperio cuando estaba convocado para el 6 de enero de 1521 el parlamento en Worms.

Después de la coronación, Carlos se reunió con los príncipes electores en la ciudad de Colonia. Entre estos últimos pareció ocupar el primer puesto Federico de Sajonia, de cuyos consejos se valió el emperador en las cuestiones mas importantes y al cual el embajador inglés consideró el mayor obstáculo á la expedición del emperador al otro lado de los Alpes. Juan Federico, el sobrino de dicho príncipe elector, entonces ya partidario celoso de Lutero, debía casarse con la infanta Catalina, la hermana menor de Carlos, y abonaba al príncipe elector en primer lugar el hecho de haberse condu-



Taler de plata de Joaquin I, príncipe elector de Brandeburgo.

Anverso: En el centro el elector con el manto de armiño y cetro; la inscripción circular dice: IOACHIM . MARCHIO . BRAN . PRIM . ELECTOR. - Reverso: En el centro el escudo del elector y en el escudete del centro el cetro electoral; encima del escudo el año, 1521; la inscripción circular dice: MONE(ta) NO(va) ARGEN(tea) PRIN(cipio) ELECT(or)is BRAND(enburgensis). - Tamaño del original, que fué acuñado en Berlín y se conserva en el Museo Numismático de la propia ciudad.

cido en la elección con lealtad y sin intenciones egoístas, pues aunque posteriormente recibió 33,000 florines, esta cantidad era solo la mitad de la suma que le había quedado á deber el difunto Maximiliano. En el viaje de regreso su adversario de antes, el joven landgrave Felipe, le juró amistad eterna. La nueva importancia de la Sajonia electoral significaba, como diremos mas adelante, la resurrección de aquellas tendencias del brazo de la nobleza, que no había podido recobrar su antiguo vigor en los últimos tiempos de Maximiliano. Aquí diremos por lo pronto que en oposición á estas tendencias el gobierno de Carlos V creó para la casa de Habsburgo aquel poderío en la Alemania meridional que tan seductoramente había indicado Zevenberghen. En el mes de agosto de 1519, el duque Ulrico de Wurtemberg, expulsado de su país, trató de volverse á establecer en él con una fuerza insignificante, pero la Union de Suabia volvió á quedar señora del terreno después de una corta campaña y Ulrico se vió obligado á buscar asilo en Suiza. Después, en 6 de febrero de 1520, la Union, despreciando el derecho dudable del hijo pequeño del duque expulsado, vendió el ducado al emperador por 210,000 florines que importaban los gastos de la guerra, y el emperador, que, como archiduque de Austria, era miembro de la confederación alemana, tomó la decisión, principalmente por consejos de Zevenberghen, de hacer esta adquisición á cualquier precio, aunque fuese faltando á todo derecho, porque significaba un aumento importantísimo de sus dominios austriacos. En su consecuencia el joven príncipe Cristóbal de Wurtemberg fué separado de su madre y llevado á Innsbruck; se contentó á un

hermano político ó hermanastro del duque expulsado con una renta y Zevenberghen fué nombrado gobernador del Wurtemberg. El nuevo gobierno á cuya cabeza se puso este diplomático procuró tranquilizar aquel país y al pueblo con disposiciones suaves y contemporizadoras, gracias á las cuales los Estados del Wurtemberg, favorecidos por la penuria de su nuevo amo, obtuvieron un notable aumento de sus privilegios después de habérselos confirmado el compromiso de Tubinga del año 1514. Mientras los Estados disfrutaban una independencia casi completa en la administración del país, fueron perseguidos los partidarios de Ulrico como si fuesen fieras, tanto que todo individuo que se había mostrado favorable con palabras ó actos al duque expulsado, debía ser denunciado ó muerto en el acto de ser descubierto. Ulrico mismo, que se había descuidado en aprovechar el salvo-conducto del rey para ir á los Países-Bajos, recibió una contestación negativa cuando mas adelante se ofreció á comparecer en el parlamento de Worms. Mucho antes había dado á conocer Carlos su firme resolución de quedarse con el principado de Wurtemberg á título de dominio hereditario, ya que este país venía como de molde al Austria, como dijo una embajada wurtemberguesa en los Países-Bajos.

De esta suerte empezó Carlos V su reinado en Alemania con un acto de fuerza brutal, atropellando el derecho á favor de sus intereses dinásticos; y los príncipes electores, cuyas capitulaciones, redactadas con mucha precaución, había jurado el rey antes de su coronación, debieron de preguntarse, en vista de esta política, si las disposiciones legales que habían adoptado para contener las arbitrariedades del rey



significaban algo más que una muralla de papel. En efecto, así como de nada sirvió su intercesión tibia á favor del duque Ulrico, del mismo modo el nuevo rey prescindió del fallo pronunciado por los electores de Maguncia, Sajonia y Brandeburgo entre los príncipes güelfos en litigio. El emperador estaba decidido á acabar con los partidarios alemanes de Francia. En 5 de junio fué declarado fuera de ley por tercera vez el duque de Wurtemberg y el 24 de julio de 1521 se hizo igual declaración respecto del obispo de Hildesheim y del duque Enrique de Luneburgo; pues el estado de las relaciones entre Carlos V y el rey de Francia ejercía una influencia decisiva sobre la política alemana del emperador. Así en su resolución de quedarse definitivamente con el Wurtemberg influyó seguramente también la fuerza del ejército de aquel pequeño país, que los informes de la corte imperial calculaban en 12,000 y después en 20,000 hombres armados para entrar en campaña. Además de la prevision de una inevitable guerra con Francisco I influyó ciertamente en las resoluciones del joven soberano su firme voluntad, como manifestó claramente á los Estados de Worms, de que en lugar de muchos años hubiese solo uno, conforme era costumbre en el sacro imperio.

Más adelante, al exponer la historia del gobierno de Carlos V en Alemania, se explicará cómo se arregló el emperador con el modo de ver y los deseos de los Estados, arreglo que viene á hacer las veces de un compromiso entre las dos tendencias encontradas. Ciertamente es que antes de la reunion del parlamento de Worms habían influido ya consideraciones políticas en la decision de la cuestion más importante que debía ocupar á aquella asamblea, es decir, la de Lutero. La suerte de Lutero dependía al parecer de cada nuevo giro de la política papal, que era imposible someter á cálculo alguno; y al mismo tiempo de todo cambio en la composición de los dos partidos, el favorable y el contrario al emperador. Carlos no podía creerse en ninguna parte seguro de las intrigas del gobierno francés, que nunca había tenido mayor influencia en Alemania que entonces, y que hasta trató de entablar nuevas negociaciones con los príncipes electores. Ulrico de Wurtemberg, como puede pensarse, fundaba todas sus esperanzas en la Francia, con la cual se comprometió en marzo de 1521 á servir contra cualquier enemigo. Antes que Ulrico se había presentado en la corte de Francia el duque Enrique de Luneburgo, un hijo del cual debía casarse con una hermana del rey de Navarra y ayudar á éste á arrebatar su reino á la España; y entretanto, Roberto de la Marck, á sueldo del rey de Francia, se preparaba á la guerra de los Países-Bajos. Joaquín de Brandeburgo se encontró con el embajador francés á su llegada á Worms, donde este último procuraba, con bastante éxito en su opinion, reanudar la antigua amistad; y hasta Federico de Sajonia entró entonces en negociaciones con el rey de Francia; en enero, el enviado de Federico de Sajonia recibió de Francisco I, además de una carta suya dirigida al príncipe elector, una mision verbal. Las cartas confidenciales de Federico el Sabio dirigidas á su hermano Juan demuestran, al través de su expresion cautelosa, cuán distante estaba el elector de considerar segura su posición en el imperio y su relacion con el emperador; pues le habían inspirado gran recelo su primo Jorge y Alberto de Maguncia, que estuvo justamente en Worms en gran predicamento y negó hasta al embajador francés una audiencia. A esto se agregó la aversion del emperador hácia el duque de Luneburgo, cuñado de Federico, y después de todo, el prudente elector tenía á sus puertas la prueba más difícil, que consistía en que su protegido, el doctor Lutero, debía declarar por última vez solemnemente ante el emperador y el imperio si quería retractarse ó no.

Rara vez se han encontrado cara á cara dos adversarios tan desiguales como en Worms el joven emperador y el fraile hereje. Los dos eran hijos legítimos de su época y consideraban sin ninguna duda los intereses religiosos como los más elevados y los más altos de la humanidad, al propio tiempo que entre ambos había un abismo, como si les separasen siglos, tanto que queriendo uno y otro por igual el bien de la humanidad, no pudieron entenderse. Se ha atribuido por algunos á los españoles del siglo XVI la salvacion del principio de autoridad, amenazado por el espíritu del Renacimiento, como su obra histórica; pero Carlos V, adalid el más formidable de este principio en el terreno político y religioso, estaba irremisiblemente contaminado por la libertad desenfrenada del Renacimiento; porque luchaba á favor de los grandes ideales de lo pasado, que eran también los suyos personales, con todos los medios perversos al uso de la política moderna, tal como era manejada en todas partes y en ninguna más que en Roma. Verdad es que Alejandro dijo, al ver tratarse en el parlamento como amantes hermanos á los dos electores enemigos de Maguncia y Sajonia, que no había razón para hablar siempre exclusivamente de la hipocresía romana. No puede negarse que muchos políticos alemanes de aquel tiempo detestaban las malas artes de la política italiana, no por motivos morales, sino porque ellos eran inhábiles para usarlas por su inferioridad intelectual. Más de una vez los mismos reformadores pagaron tributo á los usos maquiavélicos de la política; pero esto no disminuye la impresion sublime y robusta que causa la aparición de Lutero en aquella sociedad de aparente ó verdadero talento, de astucia y de engaños mutuos; y excusa toda explicacion de la enorme diferencia que hemos apuntado. Solamente el público alemán pudo reconocer en la aparición de Lutero cierta afinidad con el salvador que esperaba, cuando los extranjeros no vieron en él sino la apariencia exterior tan insignificante, ó si le reconocieron algún mérito fué su empuje brutal y bárbaro, el furor teutónico del soldado mercenario alemán; ni podían apreciar motivos religiosos gentes que atribuían la oposicion del elector Federico el Sabio á Roma al despecho de no haber dado á su bastardo una prebenda que había pretendido.

Por supuesto que no puede censurarse al joven emperador que juzgase tan mundanamente las cuestiones religiosas, pues ya entonces tenía en su carácter aquel rasgo melancólico que transmitiéndose á los Habsburgos españoles, de generacion en generacion, hizo del último una caricatura de soberano.

No solamente en tiempos posteriores pensó Carlos en sus funerales, pues antes de regresar á España en 1522 hizo su testamento, eligiendo entre varios sitios una multitud donde quiso construir sepulcros al lado de sus antepasados y mandó decir 30,000 misas por su alma en diferentes conventos de la más severa observancia. No era teólogo erudito como Enrique VIII, ni siquiera dominaba el latín; pero tanto más arraigada conservó en su alma la enseñanza rigurosamente católica que había recibido siendo niño. Siempre distinguió entre la curia romana, que tantas veces le engañó y contra la cual luchó otras tantas veces, y la iglesia romana, cuyas doctrinas é instituciones eran para él inviolables. Como discípulo de Adriano debía estar convencido de la necesidad de una reforma de la Iglesia, como estaban convencidos de esta necesidad sus partidarios más fieles; pero un movimiento procedente de las esferas inferiores de la sociedad que aspiraba no únicamente á una reforma exterior sino que sometía á su crítica hasta al mismo dogma, debía indignar forzosamente á aquel excelente católico, que viéndose cabeza terrenal de la cristiandad, no podía menos de considerar toda

muestra de independencia religiosa como usurpacion impía de sus derechos soberanos.

Por otra parte, el clero que rodeaba al emperador y que tanto excitó el rencor de los amigos de la reforma en Alemania no mostró aquella sumision incondicional á Roma que pedían los dos nuncios Caracciolo y Alejandro. Un gran número de príncipes de la Iglesia, los cardenales Alberto de Maguncia, Mateo de Salzburgo y Schinner de Sitten, el obispo de Lieja Everardo de la Marck, el obispo de Valencia, que pasaba por ser la mano derecha de Chievres, no pensaban siquiera en interesarse seriamente por la causa de Lutero; pero su política mundana podía llegar á ser, según la ocasion, molesta á la curia, por lo mismo que eran accesibles á consideraciones puramente políticas y también personales, á pesar de ostentar en todas ocasiones la mayor lealtad al jefe de la Iglesia. En la mesa del prelado de Salzburgo se hablaba en su presencia mal del Papa sin que el cardenal hiciera callar las malas lenguas. Mas celo teológico que estos señores manifestó el médico de cámara del emperador, natural de Italia, que había sido agraciado con el obispado español de Tuy, lo que no impidió que mantuviese una correspondencia amistosa con Erasmo, á quien atribuía algunos escritos muy acerbados de Lutero.

Pero mayor influencia que todos los citados tenía en los consejos del emperador en cuestiones religiosas su nuevo confesor, Juan Glapion. Debió Juan Glapion su obispado en parte á la política de Chievres, que creía encontrar en aquel clérigo francés un gran apoyo para sus tendencias pacíficas; pero el confesor, astuto franciscano cuyo crédito extraordinario en la corte disgustaba profundamente á los patriotas alemanes, parece que tenía ideas reformadoras; y aunque no se tome al pie de la letra ni como moneda corriente lo que expuso en sus conversaciones con Bruck, el canciller del elector de Sajonia, la calurosa aprobacion que dió á la primera aparición de Lutero concuerda perfectamente con otras declaraciones de personas adictas á la Iglesia. Aun hablando del escrito del «Cautiverio de Babilonia» cuya lectura, según se afirma, le dolió más que la penitencia más dura, pareció excusarlo atribuyéndolo al estado de irritacion en que según él se había hallado el autor. Quizás se le ha supuesto falsamente haber declarado que Carlos por su parte tampoco había visto con desagrado los escritos anteriores de Lutero, pero en cambio es muy probable que inculcara al emperador su deber sagrado de purificar la Iglesia de abusos, amenazándole en caso contrario con el castigo divino y presentándole á Lutero como una especie de azote enviado por Dios á este mundo de pecadores. Expresa el deseo de los hombres más eruditos cuando dice que no quisiera ver arrancada la noble planta de la tan deseada reforma antes de haber dado su fruto; pero en su concepto esto debía hacerse con la mayor discrecion y solo por los más eruditos, pues jamás podía el vulgo llevar á buen fin tamaña empresa. La idea de un tribunal de árbitros convocado por el emperador era propia de Erasmo, que la había comunicado en Colonia á las personas que rodeaban al emperador, y había recomendado un arreglo que permitiese á Lutero jactarse de su obediencia y acatamiento á la Santa Sede y ofreciese al Papa la ocasion de gloriarse de su benignidad. También es muy propio de Erasmo el consejo de Glapion de que Lutero desautorizase el torpe libro *Del cautiverio de Babilonia*, declarando no ser su autor. Como la Biblia, el baluarte más sagrado del reformador, parecía al confesor de Carlos dúctil y amoldable como cera á lo que se quisiese, no pudo comprender qué empeño podía tener Lutero en no negar ser el autor de un libro que por su estilo y su espíritu podía pasar con mucha razón por obra de un autor muy diferente del de los otros escritos de Lutero.

Cuando Glapion comunicó estas ideas al canciller sajón, había pasado el asunto de Lutero ya por diferentes fases en la corte imperial. Hallándose Carlos todavía en los Países Bajos, había publicado á excitacion de Alejandro un decreto contra los escritos de Lutero, bien que hasta la coronacion no se creyó autorizado para extender este decreto á todo el imperio, declarando al autor fuera de la ley. En Colonia el elector de Sajonia rechazó en absoluto las pretensiones de los dos enviados del Papa; á lo cual hay que agregar la influencia de Erasmo, y además que también en Colonia fué donde Sickingen se hizo acreedor del emperador. Desde entonces el gran canciller Gattinara y otros hombres de su calibre abrigaron la idea fantástica, como la llama Alejandro con despecho, de que se hiciese comparecer á Lutero ante el parlamento. En efecto, Carlos V pidió el 28 de noviembre de 1520 al elector Federico que acudiese al parlamento con Lutero. Además de las consideraciones tenidas á la Sajonia electoral y de las proposiciones de Erasmo, conocemos también la influencia de la política papal por los informes que Manuel envió á su soberano desde Roma y que desde octubre habían tomado otra vez un sesgo muy desfavorable; pues el Papa le había dicho que la Francia trataba de atraerse con la esperanza de Nápoles y otros asuntos. Tampoco tranquilizó al español el extraño ofrecimiento de Leon X de que un criado de Manuel oculto debajo de la cama del Papa escuchara lo que se dijese en la audiencia que daría al embajador francés. A esto se agregaron noticias de enganche de tropas en la Suiza por cuenta del Papa y otras relativas á la intencion del rey Francisco de ir á Italia; de modo que á Alejandro le sobraban motivos para suplicar á Chievres que no se mezclara el asunto de la fe con otras contiendas pendientes entre el Papa y el emperador. No tardó mucho tiempo á evaporarse en la corte la política favorable á las tendencias de Erasmo y en manifestarse la verdadera tendencia del emperador cuando se supo el juicio osado de Lutero sobre la Bula y las Decretales. Carlos V habló con el mayor desprecio del «tunante» cuya carta rasgó y arrojó al suelo cuando se le entregó después. No había llegado todavía la contestacion negativa del elector Federico, cuando en 17 de diciembre Carlos revocó la invitacion que le había dirigido y dispuso en su lugar que se llevara á Lutero á Francfort ó á otra parte en la proximidad de Worms solo en el caso de que se retractara, y en caso contrario, el elector le tuviera en Wittenberg hasta que el emperador decidiese. En 29 de diciembre se resolvió á dar una orden rigurosa contra Lutero, conforme lo deseaba Alejandro, que atribuyó este resultado á sus observaciones en el consejo alemán y cerca de Glapion. Lo cierto es que la orden no fué resultado de una concesion hecha poco antes por la curia, como generalmente se ha creído; porque los Breves papales que restringian las atribuciones de la Inquisicion en Aragon fueron concedidos solamente el 12 de diciembre, y aunque se hubiesen concedido antes no habrían contrabalanceado las comunicaciones gravísimas de Manuel respecto de las tendencias belicosas y de las alianzas de Leon. Por otra parte, tampoco satisface el motivo oficial del emperador al decir que Lutero, concluido el plazo fijado en la bula, estaba realmente excomulgado y que, por lo mismo, su presencia en Worms era inadmisibile. Podría admitirse, como admite Baumgarten, una tentativa del gabinete imperial para atraerse á la curia mostrando un celo excepcional en el asunto de Lutero; pero admitiendo esto, habría que tener en cuenta la severísima tendencia eclesiástica del joven emperador. Más fácil es descubrir por otro lado la causa de que aquella orden no se ejecutase y de que la política imperial volviese, como volvió, á su actitud primera; y es que al aproximarse la reunion del